

incluyendo al mismo Kurt, que al cortejar a Emma se había caracterizado por su timidez y su falta de esperanza.

—Sí, es la casa de los Sprool—asintió Emma con voz grave, mientras dirigía su mirada hacia la entrada arqueada del salón, tratando de penetrar la obscuridad que allí reinaba.—Aquí es donde nació y se crió tu esposa.

—¿Qué pasa?—exclamó él con voz perturbada.—¿Qué es lo que te asusta ahí dentro?—Milton, al mirarla, había captado la expresión de ella con la exactitud que sólo da la intimidad.—¿Qué hay allí?...

—Nada... nada para inquietar a nadie...—contestó ella con singular compostura.—La abuela está ahí... en su ataúd. No la han enterrado.

—¡Cristo! ¿A qué esperaban? En mi vida he visto semejante cosa...—Milton avanzó hacia la entrada del salón, pero Emma le puso una mano en el brazo, deteniéndolo.

—Espera—dijo.—Hay tiempo hasta mañana. No entres..., ella... yo... ¡No entres!

El joven la asió por el hombro, volviéndola gentilmente para mirar su cara; pero ella hizo una mueca de dolor al sentir una punzada en el brazo.

—¡Hum!...—dijo él,—tú estás tem-

blando; tienes miedo de eso que está allí...

Ella hizo un esfuerzo para mirarlo a los ojos, tratando de infundirse una expresión de franqueza.

—En el salón no hay nada sino el ataúd con la abuela adentro. Yo... yo quisiera que no fueses allí, porque no podría entrar contigo... No puedo más, ni tampoco quiero que me dejes sola, porque... tengo miedo. Bastante ha pasado ya esta noche para sacarle a una de quicio.

—¡Pobrecilla! Así es, tienes razón—asintió él con tono más suave, mientras se le acercaba y la besaba tiernamente. No obstante las contusiones en su cuerpo, sus brazos la rodeaban, apretándole dulcemente sus hombros. Sus labios, fríos al principio, volviéronse ardientes, hasta que en su amor los dos se olvidaron del Terror en la suprema felicidad...

El ruido sordo de un golpe tras de ella, separó a los dos amantes, y Milton, con el torso inclinado hacia adelante, clavó sus ojos en el portal del salón, revolver en mano y apuntando. Silabas brotaron de sus labios, que se habían contraído en una mueca de fiera determinación.

—¡Atención, Emma; y cuidado! Hay alguien allí adentro y he de enterarme de quién es ahora mismo...

CAPITULO IV

EL MENSAJE DEL ATAUD

Con lento deslizarse, extinguióse el ruido que provenía de aquella sala, que parecía una verdadera caverna de horror. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de la joven al imaginarse que unos ojos terribles acechaban allí en la obscuridad misteriosa, implicando una nueva amenaza que esperaba escondida la entrada de Milton.

—No...—forzó las palabras a través de sus labios crispados,—no, no puede ser que...

Súbitamente se acordó de la ventana deshecha, ¡la abertura hecha en su defensa!

—¡No vayas, Milt; no entres, por favor!

La mirada del joven se clavó en ella, y tornó en seguida otra vez hacia la puerta del salón, pero ella la había interceptado y se quedó petrificada de asombro. Su Milt... no... ¡No! No podían ser los ojos de su Milt, lanzando semejante llamada de furia crue!, su labio superior cris-

pado en una feroz mueca de bestia carnívora. Agachándose, Milt se lanzó hacia adelante con un gruñido de perro rabioso, dejando sola tras sí una mujer cuyo mundo se estaba derrumbando, sacudida como estaba hasta lo más recóndito de su alma.

El estampido de un disparo no la afectó mucho, ni la lengüeta de fuego que salió del arma. El rumor sordo de la lucha feroz quedó de repente interrumpido, siguiéndole un silencio mortal, saturado por una angustia incontenible. Luego se escuchó un cuerpo pesado arrastrar su masa por el piso, una masa que no era humana ni animal, desplazándose con movimientos tardos en la obscuridad.

Sólo en este momento, la joven se dio cuenta de que estaba asida a la balaustrada de la escalera, y que un horrible olor a podredumbre ofendía su olfato.